
CAPÍTULO 8

HOMBRES DE BASE SEGURA: RECONFIGURANDO MASCULINIDADES Y FIGURAS DE APEGO

*Fernando Salinas Quiroz**

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

A lo largo de la presente obra nos hemos adentrado en materia de sexualidad y género. En la tercera parte del libro los autores buscamos profundizar en la reconfiguración identitaria de personas que no se identifican con el modelo social de masculinidad tradicional hegemónica. Considero que debemos problematizar la relación entre los seres humanos varones y el “ser hombre”, pues se trata de un concepto opaco que tiene incontables significados producto del proceso de socialización. Ejemplo de lo anterior es cómo “los hombres” típicamente nos vivimos alienados de la paternidad. A partir del estudio de las masculinidades, este capítulo cuestiona los estereotipos y roles de género sobre lo que los hombres-padres “debemos de ser”. Conocer en detalle cómo se construyen los vínculos de

* Profesor-investigador titular A. Área Académica Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco. Integrante del Sistema Nacional de Investigadores Nivel C.

apego permite desgenerizar la crianza y vivir una paternidad diferente al incluir el proyecto de convertirnos en figuras de base segura para nuestras/os hijas/os. Concebirnos como cuidadores sensibles capaces de brindar cuidado de calidad fortalecerá los vínculos de apego que construyamos con ellas y ellos. Incluir al género como una variable macro permite que el estudio del desarrollo infantil sea más complejo y tenga mayor validez ecológica.

Dentro de las distintas propuestas para atender a la complejidad del desarrollo humano, destaco el modelo bioecológico de Urie Bronfenbrenner (1979), pues se aboca al estudio de conjuntos de elementos en interacción, denominados sistemas. Hoy en día es común escuchar que persona y medio se afectan y retroalimentan mutuamente: se trata de una afirmación que se ha popularizado y que inclusive permea ciencias duras como la genética. En el caso de la psicología, la relación indisoluble persona-medio resulta evidente, sin embargo, existe una tendencia en nuestra disciplina a la sobreespecialización que segmenta campos de investigación y acción. En mi caso, debido a mi formación y trayectoria profesional, encuentro complicado situarme en alguna subcategoría de la profesión: mi área de interés siempre ha sido la parentalidad y el desarrollo infantil y juvenil, por lo que la opción más cercana es la denominada psicología del desarrollo, no obstante, prefiero situarme en un enfoque interdisciplinario. Una importante proporción de investigadores del desarrollo humano continúan enfocándose en lo que ocurre a nivel individual –si acaso interpersonal/familiar–, y reconociendo la influencia de los fenómenos sociales, pero sin comprometerse a estudiarlos cabalmente e integrarlos en sus interpretaciones. El acercamiento a los postulados de Bronfenbrenner me ha permitido contar con una propuesta teórico-metodológica interaccionista sumamente completa (Bronfenbrenner, 1986; Koller, 2004; Ortiz y Nieto, 2012; Vidal, 2001).

El desarrollo humano [...] compromete una concepción evolutiva de las personas sobre el ambiente ecológico y su relación con este, así como su capacidad para descubrir, mantener o alterar sus propiedades (Bronfenbrenner, 1993)

[...] está determinado por la experiencia vivida durante periodos significativos de tiempo y al interior de un ambiente dado; la colaboración se da a través de la interacción progresiva de las y los sujetos con el ambiente próximo, por lo que se incluyen figuras comprometidas emocionalmente con éstas y éstos, así como objetos y símbolos inmediatos construidos sociohistóricamente (Salinas Quiroz, Cambón y Silva, 2015, pp. 28-29).

Según el autor (Bronfenbrenner, 1986), el ambiente ecológico se compone de distintos sistemas que influyen directa o indirectamente en el proceso de desarrollo de las personas. Su esquematización, a manera de círculos concéntricos, va desde el *microsistema*, el cual hace referencia al entorno físico y social más próximo de la persona –familia, escuela o grupos de amigos–, hasta el *macrosistema*, del cual forma parte la cultura –sistemas de valores, ideología o estructuras políticas, económicas y jurídicas– (Bronfenbrenner, 1986; Koller, 2004). Años más tarde, Bronfenbrenner (2005) planteó el modelo empírico PPCT (Persona, Proceso, Contexto y Tiempo) para aproximarse al estudio del desarrollo humano de manera integral, sin embargo, existen pocos estudios con *validez ecológica*, es decir, que tomen en cuenta todas estas variables.

Tanto el modelo bioecológico como la teoría del apego asumen a las niñas y los niños como interlocutores activos con necesidades, perspectivas e intereses propios, lo que los convierte en seres activos en su desarrollo y sujetos de derechos (Carbonell, Posada, Plata y Méndez, 2005; Myers, Martínez, Delgado, Fernández y Martínez, 2013). Asimismo, ambos sistemas lógico-deductivos coadyuvan a modificar las percepciones adulto-céntricas que consideran que los niños son pasivos-dependientes, ya que tienen un papel activo en la construcción de las relaciones sociales en las que se comprometen y formulan sentidos sobre el mundo que los rodea, de manera que son creadores de cultura.

En el presente capítulo realizo una lectura distinta de los hallazgos reportados por teóricos del apego con el apoyo de la perspectiva de género, específicamente desde los aportes del estudio de las

masculinidades, pues el entrecruzamiento de relaciones, sistemas y variables (integración sistémica) permite reconfigurar las relaciones padre-hija/o.

El género se concibe como la construcción sociocultural de la diferencia sexual, inscrita fundamentalmente en el cuerpo y las identidades de género (feminidades/masculinidades) como el sentido de ser mujer u hombre en ámbitos históricos y culturales delimitados. El género implica algo más que los comportamientos psicológicos o los papeles sociales que jugamos en la vida cotidiana; entraña discursos, supuestos, normatividades y valores. En este sentido, las identidades de género se relacionan con el cuerpo, mas su vínculo es simbólico, pues expresa tanto las imágenes mentales como las representaciones culturales; es decir, elementos del universo simbólico y la ideología dominante existentes en una sociedad (Rosales Mendoza, 2010, p. 18).

Desarrollo y aprendizaje son facilitados por la participación de las y los niños en patrones relacionales de actividad recíproca con figuras significativas, los cuales se tornan más complejos progresivamente (Bronfenbrenner, 1993). Una aproximación microsistémica al estudio de la paternidad es el estudio de las díadas padre-hija/o, de manera que vale la pena explorar los vínculos afectivos construidos por ambos participantes para pasar a un acercamiento macrosistémico, mediante el estudio de las masculinidades.

APEGO

El apego se refiere tanto al lazo emocional niño-cuidador como a un sistema flexible de conducta que opera a través de metas compartidas, mediado por emociones y en interacción con otros sistemas comportamentales. Siguiendo esta línea de pensamiento, el comportamiento va cambiando y es influido por el contexto de manera predecible (Sroufe y Waters, 1977). John Bowlby (1969) dividió el desarrollo del apego en cuatro fases: *a)* responsividad social

indiferenciada (0 a 3 meses), *b*) responsividad social específica (3 a 6 meses), *c*) surgimiento de la conducta de base segura (6 a 24 meses) y *d*) relación diádica de metas corregidas de los 24 a los 30 meses aproximadamente (Waters y Cummings, 2000).

La posibilidad de formar vínculos de apego es una función biológica genéticamente predeterminada (Weinfield, Sroufe, Egeland y Carlson, 1999), lo cual no significa que el apego sea equivalente a un instinto (Ortiz, Bensaja dei Schiró, Carbonell y Koller, 2013), pues para establecer una relación de base segura, se requiere que las niñas y los niños experimenten interacciones continuas con sus cuidadores (Ainsworth, 1989; Bowlby, 1988). El uso habilidoso del cuidador como una *base de seguridad* en tiempos y contextos distintos, así como la confianza en su sensibilidad, disponibilidad y responsividad (denominada *calidad del cuidado* en la jerga de la teoría del apego), es conocido como *apego seguro*. Los niños con apego seguro confían en sus propias interacciones con el mundo y desarrollan autocontrol y reciprocidad. A lo largo del desarrollo, estas habilidades de interacción pueden aplicarse a nuevas relaciones y ambientes (Weinfield *et al.*, 1999).

Una figura de apego es aquella persona que brinda a los niños una base de seguridad en situaciones de hambre, incomodidad, tensión o peligro, por lo que el apego hace las veces de un sistema de regulación diádica del estrés. Si bien es cierto que típicamente la figura de apego principal es la madre, otros cuidadores pueden convertirse en figuras de apego y fungir como base segura. El historial de apego encuentra asociación con la autoestima y la tolerancia a la frustración: niñas/os con apego seguro responden hábil y flexiblemente a las demandas situacionales. El apego seguro no garantiza el bienestar emocional, pero sí representa un factor protector y promotor de la salud mental (Weinfield *et al.*, 1999). Para Bowlby, la característica esencial del apego no es la protesta ante las separaciones de los cuidadores, mucho menos la dependencia, sino el balance aparentemente intencional entre la búsqueda de proximidad y la exploración en distintos contextos y tiempos (Posada, 2004).

JERARQUIZACIÓN DE LAS FIGURAS DE APEGO

En 1969, Bowlby tuvo oportunidad de revisar las dos únicas investigaciones disponibles que exploraban la construcción de vínculos de apego madre-bebé y padre-bebé: el estudio realizado en Uganda por Mary Ainsworth (1963, 1967) y el conducido por Shaffer y Emerson (1964) en Escocia. Ainsworth (1967) detalló cuidadosamente cómo emergen de manera secuenciada las *conductas de apego* en bebés de alrededor de 6 meses de edad. Dentro de estas se encuentran: la protesta ante la separación, la búsqueda de proximidad física ante situaciones estresantes (miedo), el sollozo ante la ausencia de la figura de apego, el regreso a la calma una vez que son consolados en sus brazos, seguir al adulto cuando sale de la habitación y la utilización de la figura de apego como base de seguridad para explorar. Bowlby expresó que dichas conductas suelen dirigirse a la madre, prefiriéndola sobre cualquier otra figura (Bowlby, 1969; Bretherton, 2010). Ainsworth (1963, 1967) encontró que las conductas de apego también se dirigían a los padres, a pesar de que no los vieran con la misma frecuencia. Uno de los 26 bebés estudiados mostró conductas de apego exclusivamente hacia el padre y tres más preferían a sus padres en vez de a sus madres como figuras de apego (Bretherton, 2010). Schaffer y Emerson (1964) reportaron que, a los 18 meses de edad de los/as niños/as, sólo la mitad de las madres continuaban siendo la *figura principal de apego*; en las familias restantes, los padres eran considerados figuras principales junto con las madres (y no *figuras subsidiarias*); y en 10 de las 60 familias, el padre era considerado la *figura principal de apego* (Bretherton, 2010; Schaffer y Emerson, 1964).

Tras revisar ambos estudios, Bowlby adoptó la noción propuesta por Shaffer y Emerson sobre la jerarquización de los vínculos (Bretherton, 2010), es decir, la distinción entre figuras primarias y subsidiarias, pero mantuvo el término *monotropía* para definir la tendencia de las niñas y los niños a buscar una figura principal, apoyándose en los reportes de Ainsworth. En el primer tomo de la

trilogía del apego, Bowlby (1969) mencionó que ambos estudios confundían el rol del padre al denominarlos figuras de apego y que más bien se trataba de los *compañeros de juego* de los niños. El autor afirmó que los niños buscan compañeros de juego si están de buen humor y si saben dónde se encuentra su figura principal de apego (madre), pues con ella acudirían en caso de sentirse cansados, hambrientos, enfermos, alarmados o confundidos (Bretherton, 2010). En congruencia con esto, una década más tarde, Lamb (1976) encontró que las niñas y los niños mostraban niveles similares de acercamiento y búsqueda de contacto con madres y padres durante una serie de episodios dentro del laboratorio en los cuales cada uno o ambos padres estaban presentes, pero que cuando ambos se encontraban dentro de la sala experimental, las/os niñas/os mostraban conductas de apego y afiliación hacia la madre.

Van Ijzendoorn, Sagi y Lambermon (1992) propusieron cuatro modelos organizacionales de las relaciones de apego que buscan describir la transmisión del mismo, así como la asociación entre las relaciones múltiples de apego y su funcionamiento adaptativo futuro:

- 1) El modelo *monotrópico* postula que un solo cuidador –típicamente la madre– es la figura principal de apego, por lo que la influencia de otros cuidadores es marginal para formar vínculos de apego;
- 2) el modelo *jerárquico* sugiere que de nuevo la madre es la figura principal, pero que otros cuidadores pueden convertirse en figuras de apego secundarias¹ y proponerse como base de seguridad ante la ausencia de la madre;
- 3) el modelo *independiente* postula que los niños y las niñas pueden tener diversos cuidadores considerados como base segura gracias a las interacciones continuas y prolongadas; y

¹ El *subsidio* implica la suplencia de la figura principal y, como se clarificará a lo largo del presente capítulo, no se trata de una sustitución o imitación de dicha relación, sino de la construcción de un vínculo distinto.

- 4) el modelo *integrativo* que, como su nombre lo indica, sugiere la conformación de una red de múltiples vínculos de apego.

El modelo *monotrópico* llevó a considerar a Bowlby (1980) que la situación más favorable para los niños era establecer un vínculo de apego con la madre –figura principal– y que no era del todo recomendable que fueran criados por varios cuidadores, no obstante, esta hipótesis ha sido descartada empíricamente (Jackson, 1993; Howes y Spieker, 2008):

Los hallazgos de Sagi-Schwartz y Aviezer (2005) descartan la perspectiva jerárquica inconexa al contexto, ya que encontraron que los procesos de comportamiento actual de las cuidadoras pueden estar condicionados por el contexto ecológico del cuidado temprano (Aviezer, Sagi-Schwartz y Koren-Karie, 2003; Hinde, 1988) y que los factores ambientales –personales, familiares y apoyo social– pueden interferir en la formación de relaciones de apego [...] En la segunda fase de su estudio, encontraron que las personas con apegos seguros con su *metapelet* [cuidador principal no familiar] eran más empáticas, dominantes, propositivas, orientados a metas e independientes, mientras que la calidad de los vínculos de apego con la madre y el padre no explicaban el funcionamiento de las niñas, lo cual es interpretado como un indicador del modelo independiente (Salinas Quiroz, 2017, p. 40).

EVIDENCIAS EMPÍRICAS

Ainsworth (Ainsworth, 1967, 1977; Ainsworth *et al.*, 1978) subrayó que el estilo de apego que las niñas y los niños construyen con otros cuidadores distintos a la madre, tiene características particulares que deben ser estudiadas; y Bowlby (1988) explícitamente reconoció en uno de sus últimos escritos que el cuidado de los niños no es un trabajo para una sola persona, sin embargo, la investigación se ha enfocado en los lazos afectivos madre-hija/o. Las niñas y los niños en su cotidianidad pueden tener múltiples figuras de cuidado

y enlaces con diversas personas, no siendo ello un detrimento en la medida en que pueda establecer con alguna de ellas relaciones de base segura (Cassidy, 2016).

En la última década incrementó la investigación sobre la paternidad y el rol del padre, pero el impacto que los padres tienen en el desarrollo de sus hijas/os ha sido poco estudiado, o bien, abordado de manera negligente (Marsiglio, 1995), pues la literatura sobre las relaciones familiares continúa privilegiando la figura materna (Shwalb, Shwalb y Lamb, 2013). Existe "... una deuda histórica consistente en tratar de construir un panorama que dé cuenta, tanto desde la teoría como de la evidencia empírica, de la importancia que tienen los papás dentro de la familia y para el desarrollo de sus hijos" (Bermúdez-Jaimes, 2014, p. 8). La investigación con padres "a la vez que es escasa, se encuentra bastante rezagada" (Murdock, 2013, p. 314). Según Pleck (2010), el ejercicio del rol paterno conjunta aspectos comportamentales, emocionales y cognitivos. Los primeros se refieren a los estilos y prácticas de cuidado; los aspectos cognitivos, a las valoraciones que los padres hacen acerca del ejercicio de su paternidad, es decir, su autoeficacia y la satisfacción con el rol; y, por último, los aspectos emocionales engloban los vínculos afectivos que construyen con sus hijas e hijos, tema que nos ocupa.

Un estudio realizado hace tres décadas reportó diferencias significativas entre el padre y la madre en cuanto al juego se refiere, subrayando que los padres favorecen la exploración y los juegos físicos y que las madres suelen enfocarse en el respeto a las reglas y en las implicaciones sociales de romperlas (Lamb, Pleck y Levine, 1985). En cuanto al manejo disciplinar, años más tarde, Parke (1998) informó que las madres suelen subrayar los costos sociales y relacionales que tienen las conductas indeseables, mientras que los padres tomaban distancia emocional para encaminar a sus hijos hacia las consecuencias materiales y físicas. Cox, Owen, Henderson y Margand (1992) encontraron que las hijas y los hijos de padres involucrados en su cuidado eran más propensos a formar un vínculo de apego seguro con ellos, mostrando respuestas resilientes durante

la *situación extraña* (SE). La SE es el procedimiento experimental prototipo para evaluar en el laboratorio la calidad de los vínculos de apego a partir de los 12 meses de edad del niño (Ainsworth y Wittig, 1969; Ainsworth *et al.*, 1978). Prácticamente todas las investigaciones de los años setenta, ochenta y noventa utilizaron dicho método (Waters y Deane, 1985). Comprende ocho episodios de tres minutos o menos cada uno, en los que hay dos separaciones y dos reuniones adulto-niño, situación que provoca niveles gradualmente crecientes de ansiedad en el infante capaces de evocar y así poder evaluar las conductas de apego en interacción con su cuidador (Juárez-Hernández, 2004). Las clasificaciones de la SE se basan en la configuración de dichas conductas, específicamente lo observado en los dos episodios de reunión (Ainsworth *et al.*, 1978; Waters y Cummings, 2000).

Actualmente sabemos que existen múltiples figuras de apego y que tanto las madres como los padres pueden convertirse en figuras primarias de apego (Howes y Speaker, 2008), no obstante, se ha dibujado una imagen empobrecida del padre dentro de la teoría del apego (Van Ijzendoorn *et al.*, 2003 en Bermúdez-Jaimes, 2014). Fox, Kimberly y Shafer (1991) realizaron un metaanálisis con las 11 investigaciones existentes en ese entonces sobre los vínculos de apego padre-hija/o y madre-hija/o utilizando la SE y encontraron una clara concordancia entre el tipo de apego que los niños establecen con ambos padres, de manera que eran clasificados como seguros con los dos. Una posible explicación a esto es que el modelo *jerárquico* de transmisión transgeneracional del apego hace que las niñas y los niños generalicen el tipo de interacción que tienen con sus madres para con sus padres, sin embargo, el estilo de apego niño-madre tendría que ser también generalizado a otros cuidadores y esto no siempre ocurre (Bretherton, 2010; Fox *et al.*, 1991). La poca evidencia existente descarta los dos primeros modelos y más bien apoya al *independiente*, ya que, aunque los vínculos de apego se representan mentalmente a manera de *modelos internos dinámicos* –propuesta congruente con la *imagen interiorizada* piagetiana

(Bretherton, 2005)—, y que somos capaces de evaluarlos por vía representacional (no exclusivamente de forma comportamental como en el caso de la SE), no contamos aún con un método estándar que nos ayude a comprender empíricamente cómo los niños integran múltiples figuras en una red (modelo *integrativo*). Es posible afirmar que la seguridad del apego del hijo o la hija con sus padres es resultado de la historia de interacción con cada uno de ellos (Lamb, 2010).

Debido a que continúan existiendo muchas interrogantes en cuanto a la construcción de los vínculos de apego, la configuración de la calidad del cuidado y la contribución de los cuidadores al bienestar emocional de las niñas y los niños, muchos investigadores han buscado respuestas en otras aportaciones teóricas, además de la psicología. La *biopolítica de la población* (Foucault, 1993) se centra “[...] en el cuerpo-especie, el cuerpo transido por la mecánica de lo viviente y que sirve de soporte a los procesos biológicos [...]” (p. 168). Este poder se materializa en la argumentación de colegas que sobreestiman el papel de las neurociencias, en detrimento de nuestro objeto de estudio: la subjetividad. En ese sentido, considero que si bien los componentes genéticos, del temperamento y de los neurotransmisores son relevantes, no son determinantes, y las aportaciones de otras disciplinas deben integrarse, sí, pero sin perder la voz propia y sin perseguir relaciones de causalidad. Lo anterior es relevante debido a que a continuación abordaré una segunda explicación centrada en las diferencias en el temperamento del niño y su influencia en el establecimiento de los vínculos de apego (Kagan, 1999); se trata, no obstante, de una *hipótesis* que carece de pruebas empíricas concluyentes (Van Ijzendoorn *et al.*, 2003, en Bermúdez-Jaimes, 2014). Belsky (1997) introdujo la hipótesis sobre la *susceptibilidad diferencial*, sugiriendo que existe variabilidad en el grado en el cual las experiencias de crianza afectan el desarrollo de los niños y las niñas. El autor considera que los/as niños/as con temperamento difícil son más susceptibles a las influencias ambientales positivas y negativas (Belsky, 2005; Belsky y Pluess, 2009; Torres

Gómez de Cádiz y González, 2014). La susceptibilidad diferencial se asocia con las interacciones genes-ambiente, ya que su base se encuentra en el temperamento y en los factores genéticos (Vermeer y Van Ijzendoorn, 2006), sin embargo, las influencias genéticas sobre la seguridad del apego van de modestas a inexistentes (Bokhorst *et al.*, 2003; O'Connor y Croft, 2001; Roisman y Fraley, 2008).

Una tercera explicación alternativa se relaciona con los estilos interactivos de las madres y de los padres:

Esta tercera propuesta se muestra más ajustada a los datos. La explicación radica en que tanto el padre como la madre pueden tener valores e ideas semejantes en cuanto a aspectos relevantes para la formación de apego como la responsividad y la sensibilidad hacia las necesidades del niño (Bretherton, 2010; Carrillo, 2008). Además, el tipo de interacción de un padre puede servir como modelo de conducta al otro padre, quien tenderá a actuar de forma semejante. Según esta alternativa, la similitud entre el tipo de apego establecido con ambos padres reflejaría el hecho de que los padres y madres responden de manera similar al niño y comparten ideas semejantes sobre las pautas de crianza y sobre su desarrollo (Bermúdez-Jaimes, 2014, p. 43).

Lamb, Frodi y Hwang (1982) afirman que, aunque los padres se involucran en el cuidado de sus hijas/os, las diferencias con las madres continúan existiendo. Otros estudios encontraron que los padres son tan capaces como las madres de proporcionar cuidados de calidad a sus hijas e hijos (Belsky, Gilstrap y Rovine, 1984; Lamb, 1981; Parke, 1998). Una variable a considerar es el tiempo de interacción pues, como anoté en la sección correspondiente, los vínculos de apego se construyen y modifican a lo largo del tiempo, de manera que la calidad y cantidad de interacciones es importantísima. “Si tanto el padre como la madre presentan conductas sensibles y atentas a las señales emitidas por los hijos, cabe esperar que dé un alto grado de identidad entre padres e hijos” (Bermúdez-Jaimes, 2014, p. 53), por lo contrario, si una figura parental es insensible, el niño puede formar un apego seguro con una e inseguro con la otra.

En 2006 un estudio realizado en Portugal con familias de dos padres, donde tanto las madres como los padres trabajaban de tiempo completo fuera de casa y los niños tenían entre 1 y 6 años de edad, mostró que la madre continuaba siendo la principal responsable del cuidado de los hijos, mientras que los padres asumieron un rol de apoyo, pero participaron de manera equitativa en actividades de juego y recreación (Monteiro, Veríssimo, Castro y Oliveira, 2006). M. Veríssimo (comunicación personal, 2016) indica que cuando el padre es un participante activo en las actividades y rutinas diarias del niño o la niña, se beneficia la relación de base segura entre ellos, sugiriendo que las experiencias de cuidado pueden facilitar las formas en las que los padres interpretan y responden a las señales de sus hijos/as. Pese a que un padre puede tener la capacidad de ser sensible a las señales comunicativas de su hijo/a, tal capacidad puede ser irrelevante si tienen interacciones limitadas (Cox, Owen, Henderson y Margand, 1992). El involucramiento paterno se asocia con beneficios directos e indirectos en las niñas y los niños (Lamb y Lewis, 2004; Parke, 1996). El equipo de investigación portugués evaluó los vínculos de apego de los niños con su padre y su madre. Los resultados mostraron que los padres que proveían cuidado tenían hijos más seguros y que los puntajes del Q-Sort del Apego se asociaron significativamente con la participación del padre en actividades de juego y ocio. Los autores concluyeron que sus resultados sugieren que los padres más involucrados facilitan comunicaciones fluidas y afectos positivos en las interacciones y el *uso del padre como base de seguridad* (Monteiro *et al.*, 2006). El que los padres participen activamente en la crianza de los hijos, permite que la madre mantenga simultáneamente una relación armónica con su descendencia, pues le permite tener tiempo libre para perseguir sus metas personales (Lamb y Tamis-Lemonda, 2004). En Colombia recientemente se desarrolló un proyecto que evaluó el impacto del involucramiento paterno en el desarrollo de las/os hijas/os, evaluando tanto el apego parental como las competencias paternas (Bermúdez-Jaimes, 2014). La investigación dio cuenta de

una asociación positiva entre apego, involucramiento y competencias parentales, no así con el bienestar del niño, lo cual es explicado por el fuerte involucramiento materno donde las variables maternas operan mediando las del padre. El estudio concluyó que padres y madres satisfechos con su rol, disponibles y en donde la madre cumple las funciones de monitoreo y control, se asocian al bienestar del niño (Bermúdez-Jaimes, 2014). Los estereotipos de género y la creencia de que los padres no han de participar en la crianza de los hijos, influyen en el involucramiento paterno. La investigación realizada por Suárez (2016) puntualiza que en la sociedad colombiana actualmente coexisten estereotipos de género, discursos en torno a la equidad, actividades de cuidado físico y actitudes positivas en relación con el niño y la crianza, mostrando cómo en los padres jóvenes conviven creencias tradicionales con otras más innovadoras (Suarez, 2016).

HOMBRES DE BASE SEGURA

En la construcción de la teoría del apego, Bowlby integró ideas de diversos campos de conocimiento: *a)* del psicoanálisis —específicamente de la teoría de las relaciones objetales—, *b)* de la teoría etológica, *c)* de la teoría de los sistemas de control y *d)* de conceptos de las ciencias cognoscitivas. Se trata de un sistema lógico-deductivo estructural que concibe al desarrollo como un proceso de construcción y transformación constante, por lo que es una de las teorías de desarrollo socioemocional con mayor influencia en las últimas cuatro décadas (Posada, 2004). Desgraciadamente, muchas personas estudiosas del apego han sabido hacer negocio con el entrenamiento de instrumentos de evaluación, tornándolos en herramientas sumamente especializadas y costosas, lo que a la postre genera una ola de “expertos” que hacen interpretaciones simplistas, mal uso generalizado de la terminología propuesta por Bowlby y Ainsworth y diagnósticos de corte clínico imprecisos y poco profundos/éticos.

A esto tenemos que sumar la penetración de filosofías orientales en el mundo occidental, lo que hace que hoy en día se conciba a la palabra apego (s) como algo negativo, sinónimo de aferramiento patológico, generando que las personas busquen “desapegarse” y “vivir sin ataduras”. Considero que, por lo anterior, Olga Alicia Carbonell, maestra y amiga colombiana, habla de *teoría del vínculo afectivo*, logrando así deslindarse de postulados pseudocientíficos o de la carga negativa que conlleva la palabra, pero, humildemente me parece poco preciso, pues existen otros vínculos afectivos que no son de apego. Es en esta misma línea que intento hablar de *vínculos/ relaciones/ figuras de base segura* y no de apego. El Fenómeno de la Base Segura (FBS) es un sistema organizado de conductas de apego que tienen como fin el mantenimiento de la proximidad entre la persona y una o varias personas afectivamente cercanas a ella. Estas conductas son importantes porque figuras de base segura le permiten al niño explorar el mundo físico y social con confianza, propiciando el aprendizaje.

Dos son los ingredientes primordiales del FBS: la búsqueda de proximidad y, su contraparte, la exploración. Si las niñas y los niños logran equilibrar armoniosamente ambos elementos con sus papás, podemos nombrarlos *hombres de base segura*. Howes (1999) ofreció tres criterios para identificar otras figuras de base segura distintas a la madre: 1) que provean cuidado físico y emocional a los niños, 2) que exista continuidad o consistencia en su vida y 3) que inviertan emocionalmente en ellos. La autora propone que se reflexione sobre estos tres criterios cuando se encuentren adultos con los cuales los niños tengan la oportunidad de relacionarse de manera continua y repetida. Conceptualizar a los vínculos de apego desde el FBS y tomar en consideración los tres criterios propuestos por Howes, resulta sumamente valioso, ya que desdibuja el discurso biologicista existente desde los inicios de la teoría y desgeneriza a las figuras de base segura. Respecto al primer punto, Bowlby afirmó que:

De todos modos, no cabe duda de que, aunque una madre sustituta puede tener una conducta de total maternaje hacia el niño y que muchas lo hacen, tal vez le sea más difícil que a la madre biológica [...] tanto el nivel hormonal posterior al parto como los estímulos que emanan del mismo recién nacido pueden ser de gran importancia... las reacciones de maternaje de la madre sustituta pueden ser menos intensas y menos coherentes que las de la biológica (Bowlby, 1969, p. 402).

Roisman y Fraley (2008) evaluaron la sensibilidad materna y determinaron que el modelo más adecuado para explicar la correlación sensibilidad-relaciones de base segura incluye sólo factores ambientales. La influencia de la madre sobre el vínculo de base segura del bebé se da gracias a su cuidado sensible y no mediante la transmisión genética (Lawler y Causadias, 2014), de manera que la afirmación realizada por Bowlby no ha encontrado sustento empírico.

En cuanto a la generización del cuidado, en el imaginario social de México y Latinoamérica, la crianza es una actividad femenina: se habla del *instinto materno* porque el producto se engendra y crece en el cuerpo de las mujeres (Figuroa y Salguero, 2014). Zárate (2015) escribió un extraordinario artículo en el cual sustenta cómo el instinto materno es el invento más rentable del patriarcado. En su disertación, la autora va argumentando con pruebas históricas cómo el instinto materno no tiene orden lógico, ni natural y que, debido a que desde hace más de 35 años se ha hecho un esfuerzo importante por desechar el término, ahora lo encontramos disfrazado bajo la “naturalidad” del “amor materno”. La autora (Zárate, 2015) titula uno de los apartados de su trabajo Hemos cambiado de vocabulario, pero no de ilusiones, en el cual considero que tienen cabida conceptos de la teoría del vínculo revisados en páginas anteriores como sensibilidad, monotropía y jerarquización. Badinter (1991) refiere que, en 1780, de las/os 21 000 bebés que nacían por año en París, sólo 1 000 eran criados por sus madres, el resto eran entregados a nodrizas. Me pregunto qué tienen que decir los neurocientíficos sobre este dato. Respecto al protagonismo femenino en las labores de crianza, Zárate nos dice que:

... antes del siglo XVIII, el “amor materno” (ni hablar del paterno) no existía como institución. A partir de 1760, sin embargo, el destino de las mujeres dio un vuelco decisivo: las autoridades se percataron de la importancia que tenía en el ámbito económico la densidad poblacional y comprendieron que el ser humano era un artículo precioso para el Estado, no sólo porque producía riquezas, sino también porque garantizaba su poder militar. En ese momento comenzó a considerarse que toda pérdida humana era una carencia para el Estado. En 1770 Didelot resume en estos términos la nueva ideología: “Un Estado es poderoso sólo en la medida en que está poblado, en que los brazos que manufacturan y los que lo defienden son numerosos.” Así, explica nuestra autora, el niño adquirió de pronto un valor de mercancía [...] Junto a la nueva y apremiante necesidad de evitar que niñas y niños siguieran muriendo por miles durante sus primeros años de vida, como había sucedido durante siglos, surgió la de estudiar las estrategias que ayudarían a cumplir con este noble cometido. Después de analizar y desechar la mayoría de ellas, por implicar altos costos para el Estado, los grandes doctos de la época dieron con el método ideal, por sencillo y económico: hacer que las mujeres asumieran las labores de cuidado de niñas y niños (Zárate, 2015, s. p.).

De vuelta a la teoría de los vínculos de base segura y a la figura del padre, en Bielefeld, Alemania, se realizó el estudio longitudinal más riguroso y completo hasta el momento para probar el poder predictivo de la calidad del vínculo niño/a-madre y niño/a-padre (Grossmann, Grossmann y Kindler, 2005). Dicha investigación incluyó mediciones observacionales y entrevistas a ambos padres desde el nacimiento de sus hijas e hijos hasta sus 16 años de edad. Las mediciones sobre la calidad del cuidado materno y paterno en contextos distintos se asociaron con resultados similares seis y 10 años después (Bretherton, 2010). Los autores demostraron que tanto la sensibilidad materna como la paterna, así como los puntajes de las madres y los padres como figuras de base segura a los 6 y 10 años de sus hijos, contribuían significativamente en la seguridad de estos a los 22 años –tanto de manera conjunta (madre y padre) como cada uno de manera aislada–. Grossman

et al. (2002) indicaron que los padres apoyan la exploración y las madres la proximidad, cumpliendo roles distintos, pero igualmente influyentes. Para 2008, Grossmann, Grossmann, Kindler y Zimmermann enfatizaron que ambas figuras pueden apoyar la exploración y la proximidad, lo cual sirve como evidencia empírica para sustentar mi propuesta (*hombres de base segura*).

De acuerdo con Bretherton (2010), surgen dos nuevas preguntas para la investigación de las relaciones de base segura padre-hijo: 1) ¿cuál es el impacto que tienen las madres por un lado, los padres por el otro y ambos en conjunto en el desarrollo de las capacidades exploratorias de los niños, así como en la formación de relaciones futuras?, y 2) ¿hasta qué punto los padres y las madres de distintos tipos de familias juegan roles iguales o diferenciados en la promoción de la proximidad/exploración? (Bretherton, 2010). Para poder responder ambas interrogantes, la autora sugiere evaluar la satisfacción marital desde una aproximación familiar sistémica e incluir mediciones sobre cómo evalúa cada miembro de la pareja al otro. Considero que, de seguir sus recomendaciones, se evaluaría únicamente al sistema familiar (microsistema), dejando otras variables del modelo PPCT fuera, lo que disminuye la *validez ecológica* de la propuesta (Bronfenbrenner, 2005). En el caso de la segunda pregunta, coincido en que los distintos tipos de familias² juegan roles diferenciados dentro del FBS, de manera que el estudio de los estereotipos y roles de género desde las masculinidades aborda un fenómeno cultural (macrosistémico) sobre cómo los hombres-padres “deben de ser”, lo que indudablemente repercute en el microsistema, pues apoya la generación de neoparentalidades.³

² Preferimos hablar de *arreglos parentales* y no de *familia (s)* para desligarnos de las representaciones simbólicas y exclusiones asociadas al primer concepto (ver el capítulo 7 de este libro: Arreglos parentales de personas lesbianas, gays, bisexuales y trans [LGBT]: estado del arte).

³ Ver capítulo 7.

APORTACIONES DESDE EL ESTUDIO DE LAS MASCULINIDADES

Lozano Verduzco (2014) afirma que la categoría de género fue propuesta por el movimiento feminista para acercarse al estudio de las relaciones de supra-subordinación de los hombres sobre las mujeres. El género funciona como un sistema ordenador de las relaciones sociales y precede al propio individuo (Butler, 2001; De Lauretis, 2008; Lozano Verduzco, 2014). “Observar y analizar a los hombres desde la perspectiva de género nos coloca ante el reto y la posibilidad del cambio. Ahí reside su gran riqueza” (De Keijzer, 2014, p. 136). Debido a que las relaciones privadas son políticas, el género es una categoría que relaciona tanto lo público como lo privado (Fernández Chagoya, 2014).

... el género es todo un sistema social que ordena las relaciones e identidades dentro de él, así como las ideas, creencias, construcciones y actitudes que se tienen en un espacio cultural dado alrededor de ser hombre o ser mujer (Lamas, 1997); basándose en lo que Connell (1995) llama “arena reproductiva”, en los cuerpos y su capacidad de reproducirse. Es importante no perder de vista que estas diferencias están marcadas por el poder, en donde los hombres, en tanto colectivo, usamos pactos patriarcales (o acuerdos masculinos) para colocarse en un lugar de hegemonía sobre las mujeres (Amorós, 1992; Connell, 1995; Kaufman, 1989; Millet, 1995; en Lozano Verduzco, 2014, p. 239).

Existe la necesidad de problematizar la relación entre los seres humanos machos y el “ser hombre”, pues se trata de un concepto que no es transparente en sí mismo, ya que “ser hombre” puede significar un sinnúmero de cosas distintas, todas producto del proceso de socialización (Núñez, 2004; Rocha Sánchez y Lozano Verduzco, 2014). “Los hombres” nos construimos social y culturalmente; por lo que tal cimentación nos afecta a nosotros mismos y a otros (De Keijzer, 2014). El proceso de socialización genera que existan millones de experiencias individuales, por lo que no podemos hablar de un “punto de vista de hombre” homogéneo, pese a que existen

postulados muy claros que ejercen dominancia desde el patriarcado. Rocha Sánchez puntualiza que el modelo social de masculinidad tradicional hegemónica:

... estipula un conjunto de atributos, significados, comportamientos, expectativas, normas y roles particulares. Dentro de los parámetros que configuran este modelo (al menos en la idealización del mismo), sobresale la exigencia de pensar a los “hombres” como personas autónomas, activas, inteligentes, superiores, racionales, con control emocional, hipersexuales, heterosexuales, con un rol de proveedor, quienes toman las decisiones y “llevan los pantalones” en la familia, que son dominantes, agresivos e infieles por naturaleza (Rocha Sánchez, 2014, pp. 42 y 43).

Los varones somos concebidos como el sexo fuerte; como personas desconectadas a nivel afectivo y distanciadas de lo físico; homofóbicos; más libres y competitivos; con identidades construidas a partir de la función de sostén familiar y protección del hogar (Cruz Sierra, 2014; Jiménez Guzmán, 2014; Poal, 1993; Rocha Sánchez, 2014). La responsabilidad del “hombre” en la familia empieza y termina con sus contribuciones económicas, de manera que en nuestro imaginario no debe de existir ningún problema en casa siempre y cuando proveamos: ser un “hombre exitoso” es ser un “buen hombre trabajador” (Jiménez Guzmán, 2014; Leach, 1995). La imposición permanente que tenemos para ganar dinero, obtener éxito y prestigio, y aumentar nuestro poder adquisitivo y social, impacta los vínculos afectivos familiares al alejarnos de los mismos (Jiménez Guzmán, 2014; Rascón, 2007).

... desde la misma construcción de la masculinidad, muchos varones se ven alienados de procesos como la paternidad, al grado que verdaderamente hay aspectos que ni siquiera son asociados como parte de ésta y por tanto, los varones no perciben que les hace falta o que están limitados. Qué quiero decir con esto, que tal vez en el estudio que yo hice, ante el planteamiento de que hombres deberían tener la misma posibilidad de involucrarse en la

crianza de los hijos más allá de la labor de proveedores, para muchos de los participantes varones esto puede representar una imposición, una amenaza o una responsabilidad extra, y no necesariamente se da espacio para reflexionar sobre la manera tan marginalizada en la que han vivido su propia paternidad y por tanto, las ganancias y las riquezas que podría conllevar el involucrarse de otra manera. Poder vivir una paternidad diferente requeriría del cuestionamiento de estos estereotipos y roles, tan diferenciado por la sociedad. Al mismo tiempo, como sugiere Rojas (2007), se vuelve necesario analizar y desarticular la inequidad persistente en el ámbito de las responsabilidades domésticas y familiares entre padres y madres, posibilitando el que se puedan ampliar las funciones paternas (Rocha Sánchez, 2014, pp. 53 y 54).

De Keijzer (2014) etiqueta a algunos hombres que participaron en sus investigaciones como *tiernos de clóset*, pues sólo se muestran cariñosos con sus hijas e hijos en la esfera privada, ya que hacerlo públicamente se asocia con lo femenino. El autor propone que se trata de una estrategia de manejo y adaptación mediante la cual los hombres pueden generar cambios. Si bien no todos los hombres vivimos intentando mostrar nuestra “hombría” todo el tiempo, es una realidad que disfrutamos de los privilegios que el modelo hegemónico ofrece (Connell, 1995). Debemos generar ambientes para negociar las decisiones que se toman en pareja, lo cual, según Tena Guerrero (2014), sólo es posible si se equilibran las relaciones de poder y si los varones nos incorporamos al trabajo feminista.

REFLEXIONES FINALES

... nos animamos a plantear que las mujeres se han logrado nombrar más como personas, debido a su conciencia de exclusión, algo que todavía es un proceso incipiente en personas del sexo masculino. No se trata de victimizarse, pero sí de tomar distancia de sí mismo, documentando las ganancias y las pérdidas de los aprendizajes de género, en ámbitos específicos de la cotidianidad [...] Intentamos que la combinación de relatos, mediciones e interpretaciones

contribuyera a revisitar la frase de Simone de Beauvoir “no se nace mujer, sino que se deviene y llega a serlo”. Tampoco se nace hombre, sino que se aprende con los procesos de socialización y de ahí la importancia de documentar cómo se vive, cómo se ve y, en su caso, cómo se nombra la experiencia de ser hombre como sujeto genérico (Figuroa y Salguero, 2014, p. 18).

Tal y como sucede con el llamado *instinto materno* y los conceptos de la teoría de los vínculos de base segura, no existe una relación directa entre “el punto de vista de los hombres” y nuestra condición biológica (Núñez, 2004). Rocha Sánchez (2015) puntualiza que el modelo masculino hegemónico si bien es un referente, no es un estándar. Los patrones de parentalidad no son estáticos: se mueven heterogéneamente en distintos grupos de hombres, ya que factores socioculturales, ocupacionales, estrato social y generación, marcan diferencias importantes en la participación de los hombres en la crianza de sus hijos (Figuroa y Salguero, 2014). Encuentro justamente aquí el engranaje entre lo estipulado desde la psicología –vía el modelo bioecológico y la teoría del apego– y los estudios de género –por medio de las masculinidades–, pues la propuesta de *hombres de base segura* va en contra del *modelo social de masculinidad tradicional hegemónica* (Bonino, 2001) y permite estudiar el desarrollo infantil con mayor validez ecológica, ya que incluir al género como una variable macro complejiza las interacciones sistémicas.

Las masculinidades son procesos dinámicos que tienen que ver con relaciones, negociaciones y reconfiguraciones (Ramírez, 2006), lo que permite la posibilidad de que existan varones que no incorporen a rajatabla las normas de la masculinidad hegemónica dentro de su construcción identitaria. “Hacerse hombre” es un proceso de construcción constante que da pie a la noción de “masculinidad” (Rocha Sánchez, 2014), de manera que la integración del proyecto de convertirse en *hombres de base segura* genera reconfiguración de las masculinidades a nivel: a) atributivo, pues sitúa a la calidad del cuidado dentro de nuestras cualidades de “hombres”, específicamente a la sensibilidad –capacidad para estar atento a las

señales de las niñas y niños, interpretarlas correctamente y darles una respuesta en tiempo y forma—; *b*) comportamental, al permitir que nuestras/os hijas/os equilibren entre la búsqueda de proximidad con nosotros y la exploración del medio; *c*) representacional, pues modifica significados y expectativas al reconceptualizarnos como mucho más que sólo proveedores; y *d*) genérico, ya que redistribuye las labores de crianza de manera igualitaria y permite nuestro (re) ingreso al ámbito privado.

Los resultados del estudio alemán (Grossmann *et al.*, 2008) y portugués (Monteiro *et al.*, 2006) reflejan transformaciones en el ámbito privado que deben de hacerse públicas no sólo para investigadores del desarrollo infantil, sino para disciplinas afines, pues nos permite visibilizar otras características masculinas y *desenclotarse* (De Keijzer, 2014). Los cambios estructurales y las normativas institucionales tienen un lugar importante en la difusión de nuevos valores, transformación de roles y establecimiento de relaciones sociales menos desiguales (Figueroa y Salguero, 2014); el proceso personal de cambio debe de involucrar el plano de la práctica, la consciencia, la emotividad y el discurso (De Keijzer, 2014). Este capítulo constituye una aportación para discutir la reconfiguración de nuevas masculinidades en su cruce con la generación de un discurso distinto sobre la parentalidad, capaz de generar nuevos valores, ideas, prácticas y roles de género entre los hombres y las mujeres, así como formas distintas de construir vínculos de base segura con sus hijas e hijos.

REFERENCIAS

- Ainsworth, M. D. S. (1963). The development of infant-mother interaction among the Ganda. En B. M. Foss (ed.), *Determinants of infant behavior* (pp. 67-104). Nueva York, Estados Unidos: Wiley.
- Ainsworth, M. D. S. (1967). *Infancy in Uganda: infant care and the growth of love*. Baltimore, Estados Unidos: Johns Hopkins University Press.

- Ainsworth, M. D. S. (1977). Attachment theory and its utility in cross-cultural research. En P. H. Leiderman, D. R. Tulkin y A. Rosenfeld (eds.), *Culture and infancy. Variations in the human experiences* (pp. 49-67). Nueva York: Academic Press.
- Ainsworth, M. D. S. (1989). Attachments beyond infancy. *American Psychologist*, 74 (4), 709-716.
- Ainsworth, M. D. S. y Wittig, B. A. (1969). Attachment and exploratory behavior of one-year-olds in a strange situation. En B. M. Foss (ed.), *Determinants of infant behavior*, 4 (pp. 113-136). Londres, Inglaterra: Methuen.
- Ainsworth, M. D. S., Blehar, M. C., Waters, E. y Wall, S. (1978). *Patterns of attachment: a psychological study of the strange situation*. Nueva Jersey, Estados Unidos: Erlbaum.
- Badinter, E. (1991). ¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. *Siglos XVII al XX*. Barcelona, España: Paidós.
- Belsky, J. (1997). Variation in susceptibility to rearing influence: an evolutionary argument. *Psychological Inquiry*, 8, 182-186.
- Belsky, J. (2005). Differential susceptibility to rearing influences: an evolutionary hypothesis and some evidence. En B. Ellis y D. Bjorklund (eds.), *Origins of the social mind: evolutionary psychology and child development* (pp. 139-163). Nueva York, Estados Unidos: Guilford Press.
- Belsky, J., Giltrap, B. y Rovine, M. (1984). The Pennsylvania Infant and Family Development Project: I. Stability and change in mother-infant interaction in a family setting at one, three, and nine months. *Child Development*, 55, 692-705.
- Belsky, J. y Pluess, M. (2009). Beyond diathesis-stress: differential susceptibility to environmental influences. *Psychological Bulletin*, 135, 885-908.
- Bermúdez-Jaimes, M. E. (2014). *El rol del padre y el desarrollo de los hijos: contribuciones de papá y mamá al bienestar infantil y a la seguridad emocional de niños* (Tesis inédita de doctorado). Bogotá, Colombia: Universidad de Los Andes.
- Bokhorst, C. L., Bakermans-Kranenburg, M. J., Fearon, R. M., van Ijzendoorn, M. H., Fonagy, P. y Schuengel, C. (2003). The importance of shared environment in mother-infant attachment security: a behavioral genetic study. *Child Development*, 74, 1769-1782.
- Bonino, L. M. (2001). *Salud, varones y masculinidad*. Escrito presentado para las Jornadas sobre Mainstreaming de Género en Salud y organizadas por OMS-Europa, en septiembre de 2001, y publicado en Seminario sobre Mainstreaming de Género en las Políticas de Salud en Europa. Madrid, España: MAS-Instituto de la Mujer.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss. Vol. I: Attachment*. Nueva York, Estados Unidos: Basic Books.

- Bowlby, J. (1980). *Attachment and loss. Vol. III: Loss, sadness and depression*. Nueva York, Estados Unidos: Basic Books.
- Bowlby, J. (1988). *A secure base: parent-child attachment and healthy human development*. Nueva York, Estados Unidos: Basic Books.
- Bretherton, I. (2005). In pursuit of the internal working model construct and its relevance to attachment relationship. En K. Grossmann, K. Grossmann y E. Waters (eds.), *Attachment from infancy to adulthood. The major longitudinal studies*. Nueva York, Estados Unidos: The Guilford Publications.
- Bretherton, I. (2010). Fathers in attachment theory and research: a review. *Early Child Development and Care*, 180 (1-2), 9-23.
- Bronfenbrenner, U. (1979). The ecology of cognitive development: research models and fugitive findings. En R. H. Wozniak y K. W. Fischer (eds.), *Development in context: acting and thinking in specific environments* (pp. 3-44). Nueva Jersey, Estados Unidos: Erlbaum.
- Bronfenbrenner, U. (1986). Ecology of the family as a context for human development: research perspectives. *Developmental Psychology*, 22 (6), 723-742.
- Bronfenbrenner, U. (1993). *La ecología del desarrollo humano*. México: Paidós.
- Bronfenbrenner, U. (2005). The bioecological theory of human development. En U. Bronfenbrenner (ed.), *Making human beings human: bioecological perspectives on human development* (pp. 3-15). California, Estados Unidos: Sage.
- Butler, J. (2001). *Cuerpos que importan*. México: Paidós.
- Carbonell, O. A., Posada, G., Plata, S. J. y Méndez, S. (2005). Las relaciones vinculares: un contexto para potenciar el derecho al bienestar de niños y niñas. *Cuadernos de Psicología*, 1, 31-38.
- Cassidy, J. (2016). Early relationships, later functioning: why and how a secure base matters. Conferencia Central. IV Congreso Internacional Red Iberoamericana de Apego-RIA.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. California, Estados Unidos: University of California Press.
- Cox, M. J., Owen, M. T., Henderson, V. K. y Margand, N. A. (1992). Prediction of infant-father and infant-mother attachment. *Developmental Psychology*, 28 (3), 474-482. DOI:10.1037/0012-1649.28.3.474
- Cruz Sierra, S. (2014). Prácticas corporales, erotismo y políticas de identidad: el caso del trabajo sexual masculino en la Ciudad de México. En T. E. Rocha Sánchez e I. Lozano Verduzco (comps.), *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género* (pp. 87-106). México: Facultad de Psicología-UNAM.
- Fernández Chagoya, M. (2014). Hombres en el feminismo: zigzaguear entre lo público y lo privado. Construyendo un método de investigación para analizar la masculinidad. En T. E. Rocha Sánchez e I. Lozano Verduzco (comps.),

- Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género* (pp. 67-86). México: Facultad de Psicología-UNAM.
- Figueroa, J. G. y Salguero, A. (2014). *¿Y si hablas de... sde tu ser hombre?: violencia, paternidad, homoerotismo y envejecimiento en la experiencia de algunos varones*. México: El Colegio de México.
- Foucault, M. (1993). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, 1. México: Siglo XXI.
- Fox, N. A., Kimberly, N. L. y Schafer, W. D. (1991). Attachment to mother/attachment to father: a meta-analysis. *Child Development*, 62, 210-255.
- Grossman, K., Grossmann, K. E. y Kindler, H. (2005). Early care and the roots of attachment and partnership representations. En K. E. Grossmann, K. Grossmann y E. Waters (eds.), *Attachment from infancy to adulthood: the major longitudinal studies* (pp. 98-136). Nueva York, Estados Unidos: Guildford Press.
- Grossmann, K. E., Grossmann, K. y Waters, E. (eds.) (2005). *Attachment from infancy to adulthood: the major longitudinal studies*. Nueva York, Estados Unidos: Guildford Press.
- Grossmann, K., Grossmann, K. E., Fremmer-Bombik, E., Kindler, H., Scheuerer-Englisch, H. y Zimmermann, P. (2002). The uniqueness of the child-father attachment relationship: fathers' sensitive and challenging play as a pivotal variable in a 16-year longitudinal study. *Social Development*, 11, 307-331.
- Grossmann, K., Grossman, K. E., Kindler, H. y Zimmermann, P. (2008). A wider review of attachment and exploration: the influence of mothers and fathers on the development of psychological security from infancy to young adulthood. En J. Cassidy y P. R. Shaver (eds.), *Handbook of attachment: theory, research and clinical applications* (2a. ed.) (pp. 857-879). Nueva York, Estados Unidos: Guildford Press.
- Howes, C. (1999). Attachment relationships in the context of multiple caregivers. En J. Cassidy y P. Shaver (eds.), *Handbook of attachment: theory, research and clinical applications* (pp. 671-687). Nueva York, Estados Unidos: The Guilford Press.
- Howes, C. y Spiecker, S. J. (2008). Attachment relationships in the context of multiple caregivers. En J. Cassidy y P. R. Shaver, *Handbook of attachment: theory, research and clinical applications* (2a. ed.) (pp. 317-332). Nueva York: The Guilford Press.
- Jackson, J. F. (1993). Multiple caregiving among african americans and infant attachment: the need for an emic approach. *Human Development*, 36, 87-102.
- Jiménez Guzmán, M. L. (2014). Algunos efectos de los cambios en la economía (trabajo y su precarización) en la vida de varones y sus relaciones de género. En T. E. Rocha Sánchez e I. Lozano Verduzco (comps.), *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género* (pp. 185-210). México: Facultad de Psicología-UNAM.

- Juárez-Hernández, M. C. (2004). Estudio transcultural e intercultural del apego en una muestra no clínica de infantes mexicanos. En M. C. Juárez-Hernández, *Influencia cultural en el vínculo madre-infante* (pp. 159-169). México: UPN.
- Kagan, J. (1999). *Psychological research on the human infant: an evaluative summary*. Nueva York, Estados Unidos: Grant Foundation.
- Keijzer, B. de (2014). La salud de los hombres: muchos problemas y pocas políticas. En T. E. Rocha Sánchez e I. Lozano Verduzco (comps.), *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género* (pp. 135-156). México: Facultad de Psicología-UNAM.
- Koller, S. H. (2004). *Ecología do desenvolvimento humano. Pesquisa e intervenção no Brasil*. Brasília, Brasil: Casa do Psicólogo.
- Lamb, M. E. (1976). Twelve-month olds and their parents: interaction in a laboratory play-room. *Developmental Psychology*, 12, 237-244.
- Lamb, M. E. (1981). Developing trust and perceived effectance in infancy. En L. P. Lipsitt (ed.), *Advances in infancy research (vol. 1)* (pp. 101-127). Nueva Jersey, Estados Unidos: Ablex.
- Lamb, M. E. (ed.) (2010). *The role of the father in child development* (5a. ed.). Nueva Jersey, Estados Unidos: John Wiley and Sons.
- Lamb, M. E. y Lewis, C. (2004). The development and significance of father-child relationships in two-parent families. En M. E. Lamb (ed.), *The role of the father in child development* (pp. 272-276). Nueva Jersey, Estados Unidos: John Wiley and Sons.
- Lamb, M. E. y Tamis-LeMonda, C. S. (2004). The role of the father: an introduction. En M. E. Lamb (ed.), *The role of the father in child development* (p. 131). Nueva Jersey, Estados Unidos: John Wiley and Sons.
- Lamb, M. E., Frodi, A. M., Hwang, C. P. (1982). Effects of gender and caretaking role on parent-infant interaction. En R. N. Emde y J. Harnon (eds.), *Development of attachment and affiliative systems* (pp. 109-118). Nueva York, Estados Unidos: Plenum.
- Lamb, M. E., Pleck, J. y Levine, J. (1985). The role of the father in child development: the effects of increased parental involvement. En B. Labey y A. Kadzin, *Advances in clinical child psychology* (vol. 8) (pp. 234-456). Nueva York, Estados Unidos: Sage.
- Lauretis, T. de (2008). *Gender identities and bad habits*. Conferencia Magistral del 4º. Congreso Estatal Isonomía sobre Identidad de Género vs. Identidad Sexual. Universitat Jaume I.
- Lawler, J. M. y Causadias, J. M. (2014). La relación diádica entre la biología y el apego. En B. Torres Gómez de Cadiz, J. M. Causadias y G. Posada (eds.), *La teoría del apego: investigación y aplicaciones clínicas* (pp. 99-112). Madrid, España: Psimática Editorial.

- Leach, M. (1995). ¿Son iguales todos los “verdaderos hombres”? *XY: Men, Sex, Politics*, 3 (3). Andalucía, España: Biblioteca Ayuntamiento de Jerez.
- Lozano Verduzco, I. (2014). La colusión entre masculinidad y homofobia. En T. E. Rocha Sánchez e I. Lozano Verduzco (comps.), *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género* (pp. 220-240). México: Facultad de Psicología-UNAM.
- Marsiglio, W. (ed.) (1995). *Fatherhood: contemporary theory, research, and social policy*. Nueva York, Estados Unidos: Sage.
- Monteiro, L., Veríssimo, M., Castro, R. y Oliveira, C. (2006). Partilha da responsabilidade parental. Realidade ou expectativa? *Psychologica*, 42, 213-239.
- Murdock, K.W. (2013). An examination of parental self-efficacy among mothers and fathers. *Psychology of Men & Masculinity*, 14, 314-323.
- Myers, R., Martínez, A., Delgado, M. A., Fernández, J. L. y Martínez, A. (2013). *Diagnóstico infantil temprano en México. Diagnóstico y recomendaciones*. México: Banco Interamericano de Desarrollo-División de Protección Social y Salud.
- Núñez, G. F. (2004). Los “hombres” y el conocimiento. Reflexiones epistemológicas para el estudio de “los hombres” como sujetos genéricos. *Desacatos*, 16, 13-32.
- O'Connor, T. G. y Croft, C. M. (2001). A twin study of attachment in preschool children. *Child Development*, 72, 1501-1511.
- Ortiz, J. A. y Nieto-Silva, C. J. (2012). *El modelo bioecológico en la comprensión del desarrollo humano temprano*. Río Grande del Sur, Brasil: Centro de Estudios Psicológicos CEP-Rua.
- Ortiz, M. J. A., Bensaia dei Schiró, E. D., Carbonell, O. A. y Koller, S. H. (2013). Interventions for enhancing parenting quality in early infancy. En M. L. Seidl-De-Moura (ed.), *Parenting in south american and african contexts*. DOI: 10.5772/56974. Recuperado el 31 de agosto de 2016 de <http://www.intechopen.com/books/parenting-in-south-american-and-african-contexts/interventions-for-enhancing-parenting-quality-in-early-infancy>
- Parke, R. D. (1996). Fatherhood. En J. Brunner, M. Cole y A. Karmiloff-Smith (eds.), *The developing child*. Massachusetts, Estados Unidos: Harvard University Press.
- Parke, R. D. (1998). *El papel del padre*. Madrid, España: Morata.
- Pleck, J. H. (2010). Fatherhood and masculinity. En M. E. Lamb (ed.), *The role of the father in child development* (5a. ed.) (pp. 27-57). Nueva Jersey, Estados Unidos: John Wiley and Sons.
- Poal, M. G. (1993). *Entrar, quedarse, avanzar: aspectos psicosociales de la relación mujer-mundo laboral*. Madrid, España: Siglo XXI.
- Posada, G. (2004). Teoría del vínculo y la investigación transcultural. En M. C. Juárez-Hernández (ed.), *Influencia cultural en el vínculo madre-infante* (pp. 13-22). México: UPN.

- Ramírez, J. C. (2006). ¿Y eso de la masculinidad? Apuntes para una discusión. En G. Careaga y S. Cruz S. (eds.), *Debates sobre masculinidades: poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía* (pp. 31-56). México: PUEG-UNAM.
- Rascón, M. G. L. (2007). Cómo seguir siendo hombre en medio de la crisis económica. En M. L. Jiménez y O. Tena (comps.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo* (pp. 253-273). México: CRIM-UNAM.
- Rocha Sánchez, T. E. (2014). Hombres en transición de roles y la equidad de género: retos, desafíos, malestares y posibilidades. En T. E. Rocha Sánchez e I. Lozano Verduzco (comps.), *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género* (pp. 41-66). México: Facultad de Psicología-UNAM.
- Rocha Sánchez, T. E. y Lozano Verduzco, I. (2014). Introducción. En T. E. Rocha Sánchez e I. Lozano Verduzco (comps.), *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género* (pp. 7-20). México: Facultad de Psicología-UNAM.
- Roisman, G. I. y Fraley, R. C. (2008). A behavior-genetic study of parenting quality, infant attachment security, and their covariation in a nationally representative sample. *Developmental Psychology*, 44, 831-839.
- Rosales Mendoza, A. L. (2010). *Sexualidades, cuerpo y género en culturas indígenas y rurales*. México: UPN.
- Salinas Quiroz, F. (2017). *Educación inicial: apego y desarrollo sociocognitivo*. México: UPN. Recuperado de <http://editorial.upnvirtual.edu.mx/index.php/publicaciones/9-publicaciones-upn/371-educacion-inicial-apego-y-desarrollo-sociocognitivo>
- Salinas Quiroz, F., Cambón, V. y Silva, P. (2015). Aportes ecológico-interactivos a la psicología educativa. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, 26 (1), 26-37.
- Schaffer, H. R. y Emerson, P. E. (1964). The development of social attachments in infancy. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 29, Serial No. 94.
- Shwalb, D. W., Shwalb, B. J. y Lamb, M. E. (eds.) (2013). *Fathers in cultural context*. Nueva York, Estados Unidos: Routledge.
- Sroufe, A. L. y Waters, E. (1977). Attachment as an organizational construct. *Child Development*, 48, 1184-1199.
- Suárez, L. (2016). Caracterización del involucramiento paterno en papás adolescentes pertenecientes a diferentes contextos sociales de la ciudad. Simposio Recuperando al papá ausente: aproximaciones psicológicas al estudio de la paternidad en Colombia. IV Congreso Internacional Red Iberoamericana de Apego-RIA.
- Tena Guerrero, O. (2014). Incorporación del trabajo con hombres en la agenda feminista. En T. E. Rocha Sánchez e I. Lozano Verduzco (comps.), *Debates*

- y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género* (pp. 21-40). México: Facultad de Psicología-UNAM.
- Torres Gómez de Cádiz, B. y González, A. L. (2014). Maltrato infantil: aportaciones desde la teoría e investigación del apego. En B. Torres Gómez de Cádiz, J. M. Causadias y G. Posada (eds.), *La teoría del apego: investigación y aplicaciones clínicas* (pp. 343-364). Madrid, España: Psimática Editorial.
- Van Ijzendoorn, M. H., Sagi, A. y Lambermon, M. (1992). The multiple caregiver paradox: data from Holland and Israel. En R. C. Pianta (ed.), *New directions for child development: No. 57. Beyond the parent: the role of other adults in children's lives* (pp. 5-27). California, Estados Unidos: Jossey-Bass.
- Vermeer, H. J. y Bakermans-Kranenburg, M. J. (2008). Attachment to mother and nonmaternal care: bridging the gap. *Attachment & Human Development*, 10 (3), 263-273.
- Vermeer, H. J. y Van Ijzendoorn, M. H. (2006). Children's elevated cortisol levels at daycare: a review and meta-analysis. *Early Child Res Q.*, 21 (3), 390-401.
- Vidal, R. (2001). *La familia como un sistema. Conflicto psíquico y estructura familiar*. Montevideo, Uruguay: Psicolibro.
- Waters, E. y Cummings, E. M. (2000). A secure base from which to explore close relationships. *Child Development*, 71 (1), 164-172.
- Waters, E. y Deane, K. E. (1985). Defining and assessing individual differences in attachment relationships: Q-methodology and the organization of behavior in infancy and early childhood. En I. Bretherton y E. Waters (eds.), *Growing points in attachment theory and research. Monographs of the Society for Research in Child Development*, 50 (1-2, Serial No. 209), 41-65. DOI: 10.2307/3333826
- Weinfield, N. S., Sroufe, L. A., Egeland, B. y Carlson, E. A. (1999). The nature of individual differences in infant-caregiver attachment. En J. Cassidy y P. Shaver (eds.), *Handbook of attachment: theory, research and clinical applications* (pp. 68-88). Nueva York, Estados Unidos: The Guilford Press.
- Zárate, L. (2015). El "instinto materno", el invento más rentable del patriarcado. *La que arde*. Número temático: El derecho a la no maternidad. Recuperado de <https://www.laquearde.org/2015/08/03/el-instinto-materno-el-invento-mas-rentable-del-patriarcado/>